

Habla el huérfano

Diego Recoba



Más allá de disidencias puntuales o proyectos excepcionales, la hegemonía en Uruguay cuenta con la aprobación y fidelidad incluso de quienes intentan derrumbarla. Han sido pocos los intentos de escapar a los preceptos estéticos, ideológicos y políticos de ese poder hegemónico y, a lo largo de los tiempos, los distintos cánones que ha creado han contado con una inusitada adhesión. Es común ver que las expresiones emergentes continúan y cuestionan poco y nada cierta tradición canónica y que hasta quienes la enfrentan, desde las distintas disidencias, no pueden romper con ella de modo radical. En Uruguay la lucha entre la hegemonía y las disidencias, entre el centro y la periferia, entre la tradición y la emergencia, entre el canon y los anticanónicos, ha tenido los bordes tan suavizados que muchas veces no es siquiera enfrentamiento, sino convivencia pacífica. Y sabido es que, en un estado de convivencia pacífica y anulación de las tensiones, quien predomina es el más fuerte, en este caso, la hegemonía.

Por este motivo, es curioso y saludable el libro de Hugo Achugar *Habla el huérfano* (2019), pues se trata de un intento de desmontar y exponer el mecanismo de poder de la hegemonía y el canon desde el propio núcleo; ya que, si bien Achugar se ha caracterizado por tener discursos que se han apartado del centro hegemónico, su periplo vital lo ha llevado a formar parte del propio centro de poder, académico, estético y político. Así que este gesto puede leerse como una bomba desde dentro, un disidente que cuenta los secretos, alguien que rompe con la *omertà* del poder.

Ya en trabajos anteriores como *La balsa de la medusa* (1992), *La biblioteca en ruinas: reflexiones culturales desde la periferia* (1994) o *Planetas sin boca: escritos efímeros sobre arte, cultura y literatura* (2004), entre otros, Achugar ha trazado un recorrido que va y viene por todas partes del campo cultural. Su punto de vista puede estar ubicado tanto desde el centro del centro como desde la periferia más lejana. El movimiento permanente evita que el pensamiento y la reflexión se estanquen en un tipo de discurso, que se fosilicen en un lugar y, a la vez, impide las romantizaciones e idealizaciones: ni el centro es un demonio ni las disidencias son discursos heroicos e incuestionables. Exponiendo la subalternidad, las polémicas en torno a la voz del otro, a las relaciones de poder que actúan permanentemente en cada acción dentro del campo, y evidenciando que todo discurso es político y está dicho desde un lugar determinado por uno y por el propio campo, la obra de Achugar ha planteado siempre la incomodidad ante los relatos, una piedra en el zapato, pequeña, que no te impide caminar, pero que siempre recuerda que no todo es tan perfecto y que siempre hay una tensión que exige ser revisada.

En *Habla el huérfano* el autor va más allá, y eso lo vuelve un artefacto extraño, pero sumamente potente. En este libro, el centro del problema es el propio narrador y lo que se desmonta es su propia existencia, entendiéndola no solo como las peripecias de su vida, sino principalmente como la suma de las relaciones, y decisiones, con relación al poder, a la historia, al contexto, a su entorno más cer-

cano y a su lugar en el campo. Como si a partir del desarme de la pieza mínima del sistema se pudiera estudiar el todo. Algo similar a la forma en que se trabaja en la astronomía o la física cuántica, donde se analiza lo mínimo, lo pequeño, para llegar a la comprensión del todo; esa especie de gran sinécdoque difícil de apresar termina transformando el libro en un discurso complejo, tan novedoso como integrado a una tradición.

De ese modo, las relaciones de poder, su ubicación en el campo y cómo esta va cambiando de acuerdo a esas relaciones, los mecanismos de legitimación y canonización, el prestigio, su lugar de poder como hombre blanco heterosexual letrado montevideano y las tensiones y fracturas generadas de todo esto se encuadran dentro de lo que a primera vista se podría considerar como un discurso autobiográfico o de las mal llamadas escrituras del yo (como si todas las escrituras no fueran del yo, como si el autor no estuviera siempre presente, como si el material usado no fuera siempre parte de su yo). Pero al ir siempre desde lo particular a lo general, de lo íntimo a lo colectivo, de lo público a lo privado, Achugar logra un híbrido de gran poder, un ensayo teórico con el *yo* como punto de partida y génesis de todas las líneas de reflexión y pensamiento.

Todo este juego de tensiones que se desarrolla dentro del propio narrador –en relación con sus *alter ego*, y en su convivencia con el entorno– genera impacto en el afuera; como en un acto expresionista, el interior y sus dinámicas se terminan trasladando a un afuera. Ansiedad, zona de confort, muertes, inseguridad, síndrome del impostor, rabia, depresión, desidia son estados que en un momento son tan subjetivos como parte de la realidad y del propio campo cultural. En esa repercusión de lo íntimo en lo general, también la escritura, inevitablemente, se va a ver contaminada. Así es que surge, casi como una consecuencia inexorable, la propia forma del relato, el fragmento.

Ante el repaso de todas las dimensiones del narrador como ser con historia e integrado a un devenir, lo que surge permanentemente es la sensación de fractura, de incompletud. Como si, mirados de cerca, todos los lazos estuvieran rotos, quebrados, desgastados. Como si, en el fondo, el tejido social, y el propio tejido del campo cultural, estuviera partido. Luego, profundizando en esa noción de fractura y de que en definitiva el ser humano es siempre un fragmento, el concepto se traslada hacia lo general. La familia es un fragmento, las muertes son la pieza que falta en un puzle que nunca estará completo, el país es un fragmento, la nación lo es, la identidad, la historia se ha construido a partir de esas ausencias o roturas. Es allí entonces donde aparece la figura de huérfano, el carente de, la ausencia de, la imposibilidad de la totalidad.

Quizás, más allá de lo importante del gesto de desentrañar el mecanismo de la hegemonía y el poder, sea esa imposibilidad y su explicitación lo más anticatónico del libro de Achugar. Ante el potente discurso hegemónico de la totalidad, la estética lineal, el imperio de la razón, la lógica, la causalidad, el progreso positivista, los esquemas piramidales de jerarquía vertical, la homogeneización de los discursos y su comprensión unívoca, Achugar plantea la total imposibilidad de ese proyecto, afirmando que ante la pérdida del aura de la obra de arte, ante la forma en que la vida perdió su valor –en una sociedad capitalista que genera islas y rompe lo colectivo, en un mercado literario, académico y cultural que ya fue tomado por el mercado con sus lógicas mercantilistas– lo único que queda es esbozar discursos fragmentados, incorrectos, imperfectos, confusos, con más dudas que certezas, con menos poder y más fragilidad. «La inseguridad como forma discursiva propia de un pensamiento que busca lo que no ha conseguido descubrir. La inseguridad como el discurso de la honestidad intelectual y no como sinónimo de impericia» (Achugar, 2019, p. 26), dice casi al comienzo del libro. Empezar de nuevo, a partir de uno mismo, para cambiar todo, como un simple acontecimiento en el cosmos que puede cambiar todo el universo.

Hugo Achugar. *Habla el huérfano*. (2019). Montevideo: Estuario Editora. 165 páginas.